

# El fútbol es un jardín azul

ENRIQUE OSWALDO FERRER CORREDOR

Magíster en Lingüística y Literatura. Escritor y docente universitario.

Camina el hombre y olvida. El mar también repite las olas para corregirlas. Desconocemos ese oscuro lenguaje de la roca o la arena tatuada por el agua. Carecemos realmente del olvido y, como solo el olvido nos salva, creamos el lenguaje.

Un perdido llamado Cristóbal Colón zarpó contra la lógica que imaginaba el mundo plano como una cancha de fútbol y descubrió las coordenadas gravitacionales de Einstein. El universo existe y cada hombre traza una línea más en la tarea de nombrarlo. En esa difícil labor los grandes hombres trabajan sin que importe la época o el lugar. Son en su discurso y basta. Su discurso es, se impone y solo la palabra conoce todos los cielos que hemos dibujado. Solamente la voz de Dios conoce a Dios.

Ingeniamos mapas para el océano, trazamos las líneas de nuestro barco, demarcamos nuestra habitación: estas son las rutas de la memoria que el fútbol nos recupera. A nuestro lado no duerme una mujer:

es un nombre, un olor, un vestido a la media noche. El gol nace en cada ocasión y nunca dos jugadas serán iguales. El hombre es el único animal que solo puede ver en la oscuridad del infierno: amamos a la niña que vende flores en el cementerio. El gol anuda los sueños.

Así nace el fútbol. Un día vimos el rectángulo, el círculo y la esfera. Dos, tres dimensiones y el tiempo. La forma del rectángulo es eterna pero no el rectángulo. Amamos la misma mujer cuando ella no permanece. Entonces construimos pirámides y el triángulo se repite eternamente: el triángulo permaneció. Ya sea en México o en Egipto todos los hombres rehacen múltiples caminos para llegar a la forma en los monumentos.

Si la mujer no cambia renovamos nuestra arena en sus aguas. Somos uno en el cambio con ella. Somos la forma que nos plagia, somos la mujer que es nuestra forma, somos nosotros cuando vemos pasar el



río. El juego deforma nuestros ojos, pero justifica la multiplicidad de los caminos.

El mundo de las formas nos repite y dejamos de ser hombres cuando copiamos el gesto del otro. Somos siempre el otro gesto. El hombre es auténtico y por eso uno que repite todos los hombres. El otro es la circunstancia: cuando aprisionamos en las formas instantes del mundo, se diluye la circunstancia: el gol siempre es actual.

Solo fantasmas como el fútbol pueden salvarnos del caos de las formas: un jugador transporta la esférica redondez del mundo sobre el plano de nuestros antepasados. Esto ocurre en el mismo instante en que otros hombres trazan extrañas figuras sobre un plano cartesiano buscando la estrella fugaz que atraviesa el bosque podado. Las constelaciones se suceden sobre un cielo verde donde cada hombre reconstruye el zodiaco en su ajuste a lo inevitable: el gol. En ese mundo de estrellas nadie posee brújulas.

La batalla les gana el tiempo. Pero la batalla por la estrella fugaz, que nunca repite su órbita, no tiene parangón dentro de la historia: otros juegos son demasiado complejos o demasiado antiguos. El fútbol no es una u otra cosa: es el juego. No hay ventajas como en el Olimpo. Aquí todos somos David y Goliat. El fútbol es lenguaje: es más universal, es la circunstancia. El fútbol es la ceremonia del siglo xx en la que todos asistimos a la representación de la vida.

Una mujer nos recuerda el mar que se hace olas. Los hombres tras el balón son como espigas en un campo de trigo que arañan al viento migajas de tiempo. Pero aquí el tiempo es vano. El gol no sabe de calendarios: es un día festivo. Sin embargo, igual que los almanaques, retorna sobre lo mismo. Rehace la conciencia.

En el campo de fútbol, confluyen todos los misterios del bosque: el pájaro que roba su alimento en los frutos ajenos, la fie-

Los hombres tras el balón son como espigas en un campo de trigo que arañan al viento migajas de tiempo. Pero aquí el tiempo es vano. El gol no sabe de calendarios: es un día festivo.

ra que caza solo cuando el hambre la acosa, el forastero que es víctima de la serpiente, la tormenta que ahoga el grito del gol en las redes de la telaraña, donde los niños y las mariposas en la danza del ocio hacen muñecos de agua.

Se inicia la batalla. La estancia de los dioses y hombres se mancha de sangre. Un hombre que imita a Dios sueña el destino de todos; para ello, sobre el campo de los sacrificios, el fuego rueda atrapado para siempre, nos pertenece y nos abandona con la bendición del mandato divino. Aquí los artificios no sirven, salvo que posean el amuleto de la luna que se ahoga en nuestra sangre, en una cofradía de hombres ansiosos de conquistar la caverna de Polifemo: el único bajo el último risco de la batalla a quien le ha sido dada la mirada del retorno.

El guardameta está solo antes y después de la desgracia: o bien vence y así renueva el ciclo de la fiesta o muere y surge la fiesta de los otros. Mas si permanece ausente, el olvido castiga su ausencia. El balón es nadie y su posesión no garantiza ventajas en la batalla, es la copa de vino que nos invita al baile. Pero tampoco la ebriedad es signo de superioridad: solo quien sepa atrapar un trozo de su destino alcanzará la gloria del instante que dura toda la vida.

El destino ya no obedece al capricho del Olimpo. Ahora, los dioses combaten

entre sí, son responsables de sus sueños. El técnico de fútbol es un forjador de rutas en un universo cada vez más congestionado de recuerdos. La lucha mordaz termina en la espada, en el gol, en un amor que evita el diálogo. Pero la lucha se ha iniciado antes, el técnico sobre un mapa sueña colinas emboscadas; se erige en un brujo que señala los laberintos donde la sangre cicatriza las horas.

Por fin, los telones se abren y la obra, que es lo único que ignoramos, se insinúa entre hombres que apuestan destinos. Cada actor sabe que la fama de otros partidos lo mima. El pueblo también le quiere porque en su danza acude la historia del niño que llora pateando burbujas de jabón, de la madre que lava el rastro de los juegos atrapado en las rodillas de los pantalones, del hombre que ebrio sueña en su propio destino y para quien el artista no es más que un apéndice de su conciencia.

La piel revienta en burbujas e igual que una estrella que nace o muere se llena de ojos que miran lo que podrá ser: nunca

el ayer estático es vino para el hincha del fútbol. Antes o después de la fiesta el recuerdo es un buen amuleto; pero durante la cita solo el fuego alimenta el fuego.

El soñador lucha por la vida de sus personajes: de ello depende su propia vida, su permanencia como signo en cada oleada de pensamiento que choca con violencia contra la malla, como si allí muriera el mar y de nuevo Dios repartiera la ruta de los ríos. La grandeza del jugador la decide su permanencia en la memoria de los hombres. Goza de la perfección de los dioses que no han renunciado a la muerte. Aquí, cuando el juego se agota como un sol que deja de reinar y nos señala que somos un montón de horas. Surge la región de las angustias: campo y tiempo reúnen miradas antiguas que agotarán lenguajes para olvidar la más reciente interpretación de la gramática del olvido.

El límite está en la hoguera: para avivar el fuego se requiere de cenizas que hablen de juego. ■■